

REVISTA

Gaumont

L. Gaumont Barcelona

Dirección telegráfica y telefónica:

CRONO



PASEO DE GRACIA, 66

Teléfono, 2991

Sucursales

MADRID, Fúcar, 22, pral.

BILBAO, Colón de Larreátegui, 15 y 17.

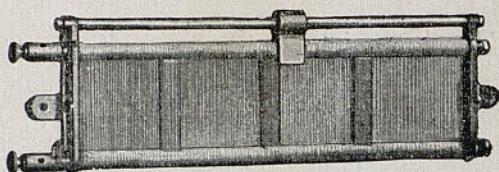
UNA ESCENA DE LA PELÍCULA DRAMÁTICA EN COLOR



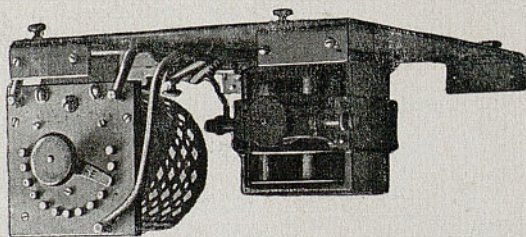
LA FASCINADORA

Dos tipos de resistencia
de velocidad

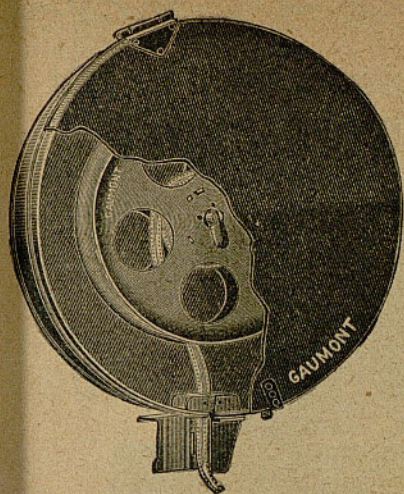
GAUMONT



Resistencia de velocidad
para dinamos tipo **A** y tipo **B**
modelo alargado (de cursor)
propio para mesa de madera



Platina soporte de partes eléctricas
para mesa metálica, provista de dinamo
con resistencia redonda (de bornes)

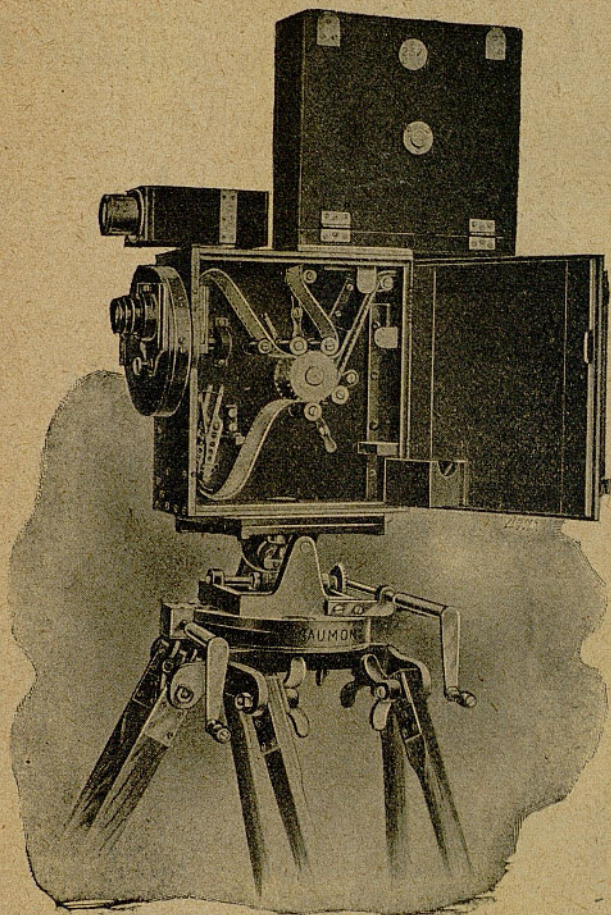


Protéjense
contra
el incendio

comprando su
Material Cinematográfico
A LA
Casa Gaumont

Pídanse los
Bombos Cortafuegos
Gaumont

Si queréis impresionar buenas cintas, no empleéis más que el
CRONO NEGATIVO GAUMONT



Pídase el presupuesto detallado de nuestro material de

TOMAR VISTAS

Variedad del Programa Gaumont n.º 2 D.

Cinematografía en color Gaumont

DRAMÁTICA

Cartel 220X150

N.º 4107

LA FASCINADORA

Largo 453 metros. Color 373 metros. Palabra telegráfica: MALEFICE

N.º 4095

PANORÁMICA

EL ANDELLE (Los ríos del país Normando)

Largo: 69 metros Color: 67 metros. Palabra telegráfica: ANDELLE

Palabra telegráfica	N.º de la película	TÍTULO Y ASUNTO	Metraje total	Metros en virajes	Cartel ó Ampliación	Pág.
		Dramática				
Devoirva	4092	Deber triunfante	330'50	272		14
		Comedia				
Apolión	4057	El Apolo de las rocas negras	314'50	256	Ampliación.	17
		Comedia				
Noce	4098	Viaje de Novios.	227	192		22
		Cómica				
Bandi	4084	El Miedo ambiente	207'50	158	Ampliación	24
		Cómica				
Beange	4097	Bebé es un ángel guardián.	142	120		27
		Documentaria				
Fonderi	3960	Fundición primitiva de hierro en el Ural	91	81		29
		Científica				
Galicie	3982	El Invierno en Galitzia	87	73		30
		Actualidades				
		Gaumont Actualidades n.º 2.				
		Cuarto Año.				

NOTA.—El metraje indicado para cada película es aproximado.

L. Gaumont



rosos, e intimidado, sintiendo que el rubor coloreaba sus mejillas quiso levantarse. Pero ella se lo impidió con un gesto de amoroso reproche y le echó sus brazos al cuello.

Lelia vió en los ojos del oficial como un fugaz destello de protesta y desasiendo su abrazo le preguntó con tono acariciador si por desgracia no correspondían sus sentimientos a los suyos.

El oficial, densamente pálido, sacó por toda respuesta de su guerrera una carta plegada en varios dobleces y se la dió a leer a la «leona».

Lelia leyó:



...mas sucumbiendo al influjo fascinador de la hermosa,..

*Querido hijo:
Ven pronto. Todo está listo para tu casamiento. Tu novia*

L. Gaumont

comparte mi impaciencia. Todo el pueblo siente deseos vehementes de verte ya con tu hermoso uniforme.

Te abraza cariñosamente tu madre

Magdalena.

Arrugó la carta nerviosa y dejó caer su hermosa cabeza en el hom-



bro del oficial. Este, azorado, se levantó en busca de auxilios, mas Lelia, abriendo sus ojos y dirigiendo a él una mirada apasionada, le dijo que solo en sus manos tenía el remedio de su mal.

Trabóse en el alma del oficial rudo combate, más sucumbiendo al influjo fascinador de la hermosa cayó en sus brazos y la cubrió de frenéticas caricias.



Dos días después fué el oficial a casa de su madre. Esta vió que su rostro reflejaba honda preocupación, como una sombra de infinita tortura. Le dirigió, ansiosa, pregunta tras pregunta, mas su hijo, densamente pálido, no despegó sus labios y rehuyó su mirada.

La novia de Enrique, una linda niña lozana y fresca como una flor temprana puso fin, con su llegada, a tan dolorosa escena. También ella notó en el saludo que le hizo Enrique, en sus maneras, y en su rostro

L. Gaumont

sombrío y torturado un estado de alma que no podía discernir y que e llenaba de zozobra y de angustia.

Su entrevista fué dolorosa. Y cuando después de una conversación



difícil se separaron los novios, Gabriela presintiendo algo irreparable, fué a refugiarse a su alcoba, para dar libre curso a sus lágrimas.

Llegó la noche en que había de firmarse el contrato. Todos los presentes a la ceremonia notaron en el semblante del novio los reflejos de una lucha interior rudísima, mas ninguno había de figurar, ni remotamente, que iba a llevar a cabo una acción que no tenía nombre ni perdón.

La novia más blanca que su traje, parecía presentir algo muy dolo-

L. Gaumont

roso para ella. Y cuando vió a su novio rechazar con turioso ademán el papel y la pluma de ave que le ofrecía el Notario y hendir a empellones la apretada barrera que sus deudos y amigos formaban ante la puerta, sintió



Y cuando vió a su novio rechazar con furioso ademán el papel y la pluma...

que algo dentro de ella se desgarraba, y sin exhalar una queja, como un pájaro herido, cayó al suelo inanimada.

Enrique, mascullando palabras sin sentido ganó la puerta y desapareció, dejando en pos de sí, cruelmente pisoteado, el corazón de una pobre niña.



Enrique, así que estuvo en París se fué en busca de Lelia.

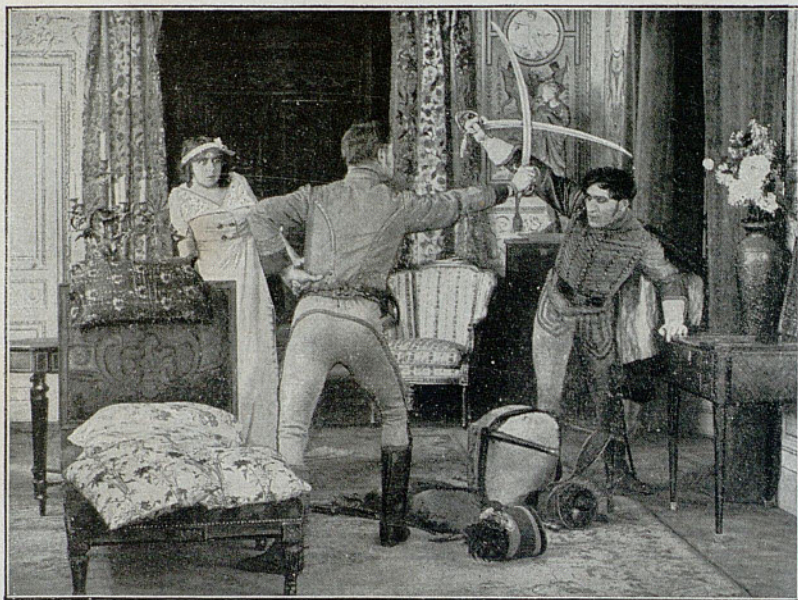
Apartó a la criada que le abrió la puerta y entró en el saloncillo en donde días atrás sus labios recibieron el veneno de las caricias de la fascinadora.

Lo primero con que tropezaron sus ojos fué una guerrera de oficial en el respaldo de una silla, y a su lado un sable. Acababa de hacer este descubrimiento cuando se abrió una puerta lateral y apareció en el saloncillo una pareja tiernamente enlazada. Enrique lanzó un grito de furor, de celos, de despecho. Era ella Lelia. él un camarada de regimiento...

L. Gaumont

Con los ojos inyectados de sangre apostrofó a su rival y le intimó frenético la orden de ponerse en guardia.

Fué el combate de corta duración. A los pocos pases cayó al suelo



Fué el combate de corta duración..

Enrique con una gran herida en la frente, de la cual manaba la sangre a borbotones.

Acostáronle en una cama, y después de una somera primera cura fué trasladado, con grandes precauciones, al hotel en donde paraba.

En su cuarto, lejos de los suyos y pensando en la cruel Lelia pasó el desdichado varias semanas, hasta que su juventud y su complexión vigorosa triunfaron de la muerte y le hicieron entrar en vías de convalecencia.

Mientras tanto Gabriela, en la melancólica tristeza de los grises días otoñales, se extinguía blandamente, víctima de un mal incurable.

Una fría mañana de invierno transpuso Enrique los umbrales de la casa que abandonara, presa del vértigo, algunos meses atrás.

Todo estaba silencioso. Entró sin que nadie viniera a recibirle y llegó sin obstáculo hasta su alcoba, en donde todo estaba como lo dejara a su salida.

Afuera nevaba copiosamente.

L. Gaumont

Acercóse Enrique a los cristales de la ventana que los copos de nieve y la escarcha volvían opacos. Y de pronto, como si aguardaran su llegada para hacerlo, pusiéronse a doblar las campanas de la parroquia



Acercóse Enrique a los cristales de la ventana..

vecina. Abrió Enrique la ventana de par en par, y dirigió sus miradas, sobrecogido, al campanario vetusto, que frente a él recortaba, sobre el fondo plumizo del cielo, su esbelta silueta.

Volteaban las campanas acompasadas, con tañidos largos y plañideros. Y su música doliente llevó al alma de Enrique un frío intenso.

Iba a cerrar la ventana, cuando un ruido insólito que cortaba el silencio de la calle le hizo asomarse a ella. Y sus ojos horrorizados vieron el desfile, lento, entre cánticos mortuorios de un cortejo fúnebre... Y vió a su madre caminar sollozante en pos de un feretro blanco, enguarnaldado de flores.

L. Gaumont

Adivinó el desdichado, y transido de dolor, delirante, cayó sin sentido sobre las frías losas de su aposento.

Los meses se sucedieron rápidos. La madre había ido a vivir con su hijo a París.

A Enrique persiguió largo tiempo, torturándole, la visión horrible de su obra. Los remordimientos, como puñales acerados, le mordían las entrañas. Y como si quisiera olvidarlos, aturdirse, se abandonó cada día más a la crápula y se encenegaba en el lodazal del vicio. Era su conducta, para su desdichada madre, un rudo calvario.

En sus peregrinaciones nocturnas volvió a hallar Enrique a Lelia, la fascinadora. Cruel y despiadada, volvió a atarle en los lazos de su poder fatal. El desdichado, sin voluntad ni energía, arrastrado por su insana pasión, fué en sus manos un juguete.

Una noche la madre halló a su hijo más taciturno, más hosco que de costumbre. Cariñosa le interrogó, quiso inquirirse... Mas él, a las pocas palabras, la rechazó bruscamente y se fué a acostar, dejando a su madre entregada a su dolor.

De pronto esta reparó en un papelito, cuidadosamente plegado que sobresalía del bolsillo de la guerrera, que su hijo había dejado tirado en una silla.

Lo sacó suavemente y leyó lo que sigue:

Enriquito mío:

Veo que no me amas. Rehusarme una joya que en tanta estima tengo, cuando se tiene a mano la caja del escuadrón! Hábrase visto mayor tacaño!

Espero que me traerás esa chuchería mañana sin falta.
Lelia.

La lectura de estas líneas sumió a la madre en un doloroso estupor. Hasta entonces el honor de su casa había resistido a todos los ataques de la adversidad. Y he aquí que Lelia, no contenta con su obra de desolación y de muerte, impulsaba a aquella pobre voluntad de que se había adueñado a atentar contra lo que era para ella cosa mas sagrada que la vida... No, no lo consentiría...

Se puso un velo y se dirigió a la casa de Lelia.

La «maravillosa» rodeada de sus admiradores, sentada a una mesa cubierta de flores, llenaba la estancia con el eco delicioso de sus risas...

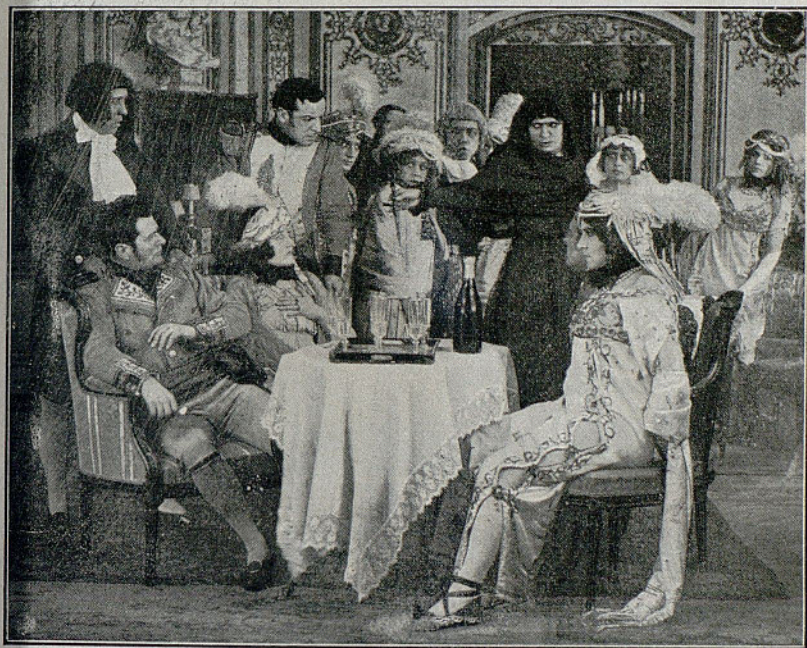
La llegada de aquella mujer enlutada, de imponente y severo aspecto la intimidó un instante. Mas su natural cínico y provocativo volvió a dominar en ella, y con una sonrisa que hacía valer las riquezas de su boca preguntóla por el objeto de su visita. —Un instante de audiencia, a solas...— respondió la madre de Enrique.

L. Gaumont

Lelia la hizo introducir por su doncella a la habitación contigua, a donde iban a reunirse con ella instantes después.

—Aquí me tenéis—dijo Lelia sonriente—en qué puedo servirlos, señora?

La madre, antes de responder miró a la fascinadora largo rato. Sus ojos magníficos abrigados por las lágrimas lucían como carbunclos.



Señores he matado a una fiera dañina! Estoy contenta...

Luego, con tono implorante le suplicó que no volviera a ver mas a su hijo, que por lo que mas quería en el mundo no prosiguera su obra devastadora. Contóle, con sollozos en la garganta, la triste historia de una pobre niña, que murió de pena y de dolor.

Lelia la oía sonriente, ya alisándose su negra cabellera, ya mirándose complacida el rostro en un espejo, con flexiones y actitudes de gata...

Y cuando acabó aquella volvió hacia ella su rostro cínicamente insultante y dijo en voz suave y sosegada que contrastaba con él singularmente:

—Señora, habéis acabado ya vuestras historietas sensibles y patéticas?

L. Gaumont

La madre de Enrique palideció ante el insulto. Apareciósele en rápida visión el cuerpo yerto de Gabriela, la locura de su hijo... un nombre a punto de ser mancillado... Y apoderándose de un puñal, joya rara que de una panoplia era adorno, lo hundió hasta la guarnición en el pecho de la fascinadora...

Los amigos de Lelia, impacientes esperaban a ésta, cuando un grito estridente que salía de la habitación inmediata, les hizo levantarse sobre-cogidos de sus asientos.

Casi al mismo tiempo apareció por la puerta, majestuosa, imponente, como la diosa de la Venganza, la madre de Enrique. En su diestra llevaba un puñal, tinto en sangre... Acercóse a la mesa, dejó caer en ella su arma y exclamó con voz vibrante.

—Señores... He matado a una fiera dañina! Estoy contenta... haced ahora de mi lo que queráis!

Y erguida, con la frente alta, ofreció sus muñecas cruzadas a un oficial, que respetuoso, conmovido, condujo afuera a La Vengadora.

Cinematografía en color Gaumont

Panorámica

RÍOS DEL PAIS NORMANDO

EL ANDELLE

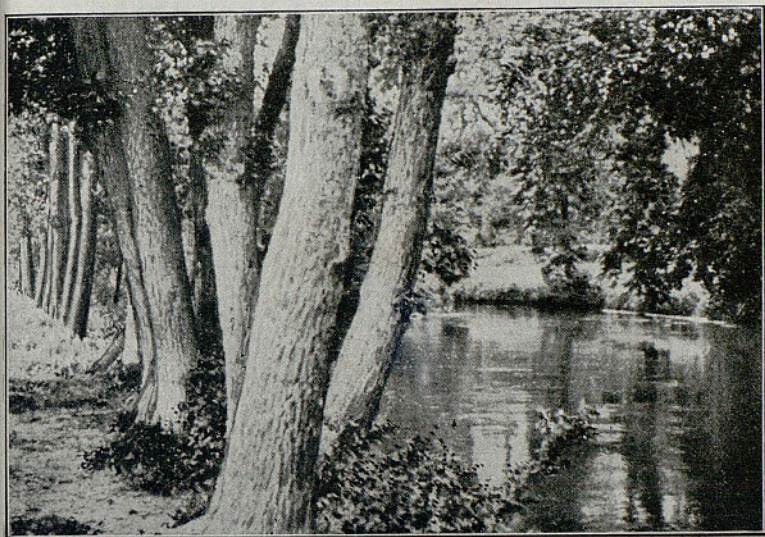
No existe espectáculo que descansa tanto la vista como las ricas y verdes praderas de Normandia. Por donde quiera abarca la vista extiéndose verdes pastos, en donde rebaños de bueyes, soñolientos y perezosos, hallan abundante y jugosa yerba.

El manzano es el arbol mas extendido en la región y constituye de esta la principal riqueza. Los valles y las colinas están cubiertos de estos árboles y a lo lejos, sus manchas redondas y simétricas dan al paisaje un carácter peculiar y sumamente curioso.

L. Gaumont

Surcan el país normando numerosos ríos y riachuelos, generalmente de curso sinuoso y rápido.

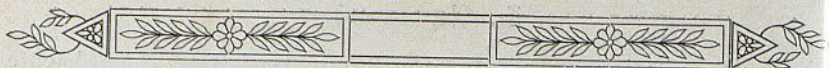
Tanto a causa de la belleza de sus márgenes, a las que dan sombra árboles de distintas formas y perfumes, como por el «color local» de las



regiones que atraviesan, han inspirado estos ríos a numerosos poetas y muchos paisajistas célebres han hallado en ellos motivos para la composición de sus mejores lienzos.

La película sobre el Andelle traza los caracteres fundamentales del paisaje normando, tanto de sus formas como en sus colores y completa de manera agradable la serie de «Ríos de Normandía» que ha encantado al público por lo suave y delicado de los parajes presentados.





El deber triunfante

Dramática

Una noche traidor relente hizo contraer a la hija del Doctor Morel una perniciosa bronquitis. El joven médico, desesperado, decidió recurrir



El hombre de ciencia examinó a la pequeña atentamente

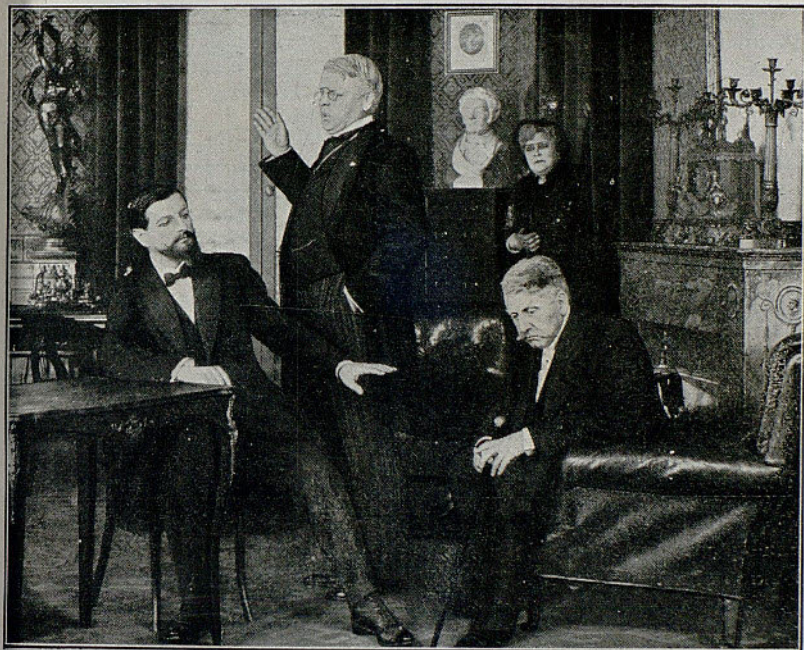
a las Luces de su viejo profesor Loring, que era una autoridad indiscutible en las enfermedades del pecho. El hombre de ciencia examinó a la pequeña atentamente y apartando el padre a un rincón de la estancia le enteró de la gravedad de su estado. -Hay lesión pulmonar... mucho sol, clima suave, templado. Niza por ejemplo... o tu hija está perdida...!

Morel regresó a su casa, dolorido, y comunicó la triste nueva a su esposa. En su hogar, de médico que empieza, había mas atrasos y dificul-

L. Gaumont

tades que dinero, y el viaje prescrito por su colega se hacia de todo punto irrealizable.

Pasaron los días, sin que el desdichado pudiera hallar remedio a su dolorosa situación, cuando una noche vinieron a llamarle para una consulta, de parte del General Duque de Castres.



Borowski, no obstante la oposición de sus colegas abogó por la operación

Dirigióse sin perder un segundo a la casa del aristocrata. Fué recibido por su esposa con estas palabras: —Doctor, antes de su llegada, telefonee al gran especialista Borowski... va a venir de un momento a otro... Es grave, no es verdad?

El médico examinó al enfermo, que halló postradísimo y lo hizo acostar. Luego, animado de un sentimiento de afectuosa deferencia por su maestro, puso a este cuatro palabras llamándole a su lado.

Momentos después llegaban el Doctor Loring y el famoso especialista Borowski.

Celebróse inmediatamente consulta. Borowski, no obstante la oposición de sus colegas, abogó por la operación.

—Estoy conforme—decía Borowski respondiendo a las alegaciones

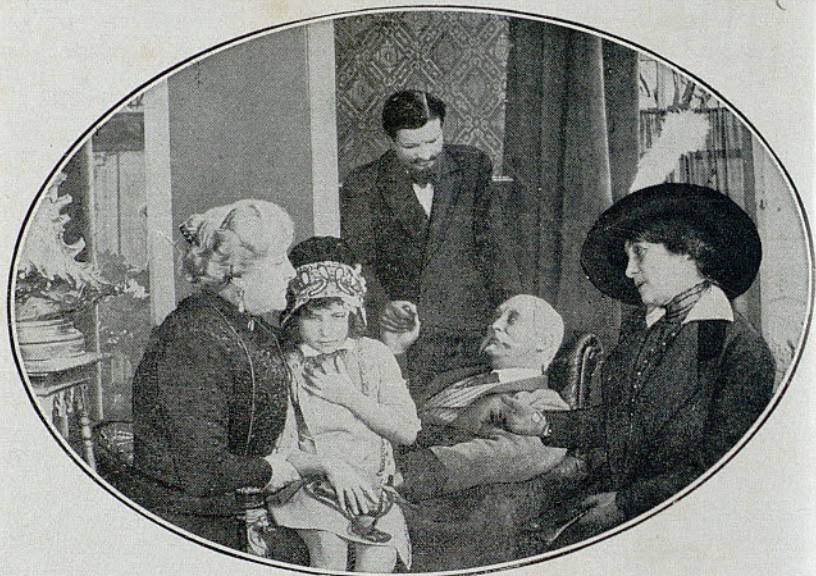
L. Gaumont

de sus colegas en contra de su idea. Estoy conforme, la operación es peligrosa y hasta admito que puede evitarse, pero, veamos, caballeros, una operación de tal importancia... en fin, no insisto, ya me comprenden Vds.

Si le comprendían? Lo mostraba la actitud de Morel, que ruborizado de indignación, sin poder hablar, meneaba negativamente la cabeza.

— Veamos—deslizó a su oído su profesor... La parte que puede corresponderte significa la salud para tu hija...

Pero Morel persistió inquebrantable en su actitud. No consentiría en la operación, mientras él se hallara allí.



La entrevista tuvo lugar en casa del Duque

La Duquesa de Castres que había oído todo el coloquio, desde la estancia contigua, apareció en este momento, agradeció a Loring y Borowski su intervención, y les hizo comprender que les devolvía su libertad de acción.

Al mismo tiempo retuvo a Morel por el brazo y le rogó tuviera a bien asistir en su dolencia a su marido.

Loring comprendió toda la elevación de alma y sublime desinterés de su querido discípulo, y al salir le dió un fuerte apretón de manos, muda aprobación de su abnegada conducta.

Morel se puso a la cabecera del enfermo y día y noche le prodigó sus auxilios y cuidados.

La ciencia del médico, secundada por el fuerte temperamento del

L. Gaumont

enfermo acabaron por triunfar del mal y dos semanas después el Duque, completamente restablecido, manifestaba al médico su deseo de conocer a su familia.

La entrevista tuvo lugar en la casa del Duque. Este acarició a la pequeña, vió en su carita pálida los comienzos de un mal terrible y propuso a su padre el llevársela con su familia a la Costa de Azur, a donde pensaba ir para acabar su convalecencia. El médico, aceptó reconocido y una hermosa mañana partieron con la familia del Duque, su esposa y su hija, hacia los radiosos horizontes de la costa del Mediterráneo.

Morel se quedó en París, trabajando sin tregua ni descanso. Una tarde que se hallaba en su gabinete, silencioso, absorbido en rebuscas y estudios científicos, vino a interrumpir estos la entrada de su criada, portadora de una carta. Era del Duque y decía:

Querido amigo: Mi mujer me encarga le dirija una súplica. Adora a su hijita, que goza ahora de perfecta salud: permítanos que veamos por su porvenir con el corazón que puso Ud, en salvarme. Acepta usted? Así lo espera su afmo.

Duque de Castres.

Morel se quedó pensativo, soñador. Su mirada vaga se perdió a lo lejos, muy lejos y vió allá en una costa levantina, bajo un cielo límpido, cerúleo, bajo los rayos de un sol generoso y vivificante a su pequeña Rosarillo, rodeada de afección y de cariño, y mostrando con los colores de su rostro la desaparición de un mal inexorable. Era esta la recompensa del deber cumplido... Y sobre su mejilla resbaló, lenta, una lágrima de felicidad.



El Apolo de las rocas negras



Comedia

El joven escultor aficionado Roberto Chazel había montado su estudio en una pintoresca localidad balnearia de la costa bretona.

Daba las ventanas del estudio a la playa, y muchas veces, en los momentos de descanso que le dejaba su trabajo, que eran muchos, exploraba el joven aquélla con sus gemelos, observando con satisfacción de artista...

L. Gaumont

y de hombre los juegos y diabluras de las bañistas, en su mayoría jóvenes y bonitas.

Una tarde que se dedicaba a esta curiosa tarea, la vista de una joven bañista, la más linda de las que hasta entonces había visto, le hizo salir de sus casillas... y de su estudio.

Dirigióse al Hotel del balneario y se informó. El gerente, gran ami-



Descrita por César en su relato de la batalla naval...

go suyo, le presentó el libro de entradas de su establecimiento y en él pudo leer el escultor, en último lugar, los nombres siguientes: «Hector Filouze, e Inés Filouze, su hija». Tal nombre le era conocidísimo... Era Filouze uno de los críticos de arte más conocidos y virulentos y su nombre que sonaba desagradablemente en los oídos de todo artista, resonó en aquel instante deliciosamente en los de Chazel, por ser también el de cierta niña de ojos azules y rubia cabellera, que había hecho en su alma de artista una impresión primera indeleble.

Aquella misma tarde se cruzaron entre el escultor y la joven las primeras palabras, a propósito de un perrillo que ambos, por singular coincidencia, juzgaron de una belleza adorable. La conversación tomó otros derroteros menos «céntricos» y el crítico, enterado por su hija del arte cultivado por Chazel, condescendió a estrecharle la mano, y le aseguró que al día siguiente iría a visitar su estudio, para examinar sus obras.

L. Gaumont

* * *

Al día siguiente Filouze fué a visitar el estudio del joven escultor acompañado de su hija. Contempló con torvo ceño las obras del artista, dejando escapar de cuando en cuando un «hum, hum» que no presagiaba para aquel nada bueno. Quedaba por examinar un «Apolo» última obra del escultor, en que éste había puesto, como vulgarmente se dice, los cinco sentidos. Plantóse el crítico ante la estatua, y la examinó largo rato.

—Joven...—dijo al cabo de un rato volviéndose hacia el escultor.—No me gusta... ahí falta vida, nerviosidad... Es posible que tenga disposiciones para perito agrónomo o coleccionador de sellos raros, pero lo que es para manejar el cincel, no lo creol.. Me ha pedido V. mi consejo... se lo doy, brutal quizás, pero sincero.

Dijo, se inclinó ceremoniosamente y se retiró con su hija, dejando al artista desconcertado y furioso.

Chazel contempló la obra en que había puesto todos sus cariños, y poseído súbitamente de un furor loco, cojió un martillo y comenzó a mutilarla. Habían volado ya dos brazos víctimas de otros tantos martillazos, cuando entró en el estudio Inesilla a prodigarle sus consuelos. Le había afligido sobremanera la opinión desventajosa que acerca de su talento había emitido su padre, y había aprovechado un momento de descuido de éste para venir a verle y asegurarle que ello no disminuía su simpatía. Y diciendo estas palabras, que tiñeron de rosa sus mejillas nacaradas, se escapó corriendo a reunirse con su padre.

El joven escultor no prosiguió su obra destructora. Al furor, ya disipado, había sucedido una alegría intensa. La actitud de Inesilla le decía que su amor era correspondido. Pero por otra parte reflexionaba, no era probable que Filouze, que momentos antes le había juzgado sin talento alguno, consintiera en otorgarle su mano.

De pronto cruzó por su mente una idea diabólica.

Cojió una brocha, la sumergió en potes de colores diferentes y se puso a embadurnar la estatua mutilada, hasta dar a su blancura de mármol una especie de patina, por lo menos milenaria.

Luego, llegada la noche, cargó con el Apolo mutilado y lo fué a esconder entre las rocas de la playa.

* * *

Al día siguiente el joven propuso al padre de Inesilla una partida de pesca y lo llevó hacia el lugar en donde había escondido la estatua. Chazel se alejó prudentemente y observó a buena distancia las evoluciones del anciano. Este se iba acercando al sitio insensiblemente, absorbido en la busca y captura de cangrejos. De pronto un grito estridente dió a conocer al astuto joven que su escondrijo había sido descubierto.

En efecto Filouze había hallado entre las rocas, cubierta de algas marinas, la estatua que veinticuatro horas antes había calificado tan duramente. Solo que en aquel momento la recubría una capa amarillenta y su-

L. Gaumont

cia, costra formada—según declaró entusiasmado su descubridor—por el paso de los tiempos.

Filouze con infinitas precauciones llevó al hotel su precioso hallazgo, que no se cansó de calificar de «prodigioso» de «maravilloso» hasta agotar todos los adjetivos encomiásticos.

Por la tarde, ante un auditorio compuesto de todos los veraneantes, dió el crítico una conferencia sobre su hallazgo.

«Descrita por Cesar en su relato de la batalla naval que su armada ganó sobre la de los Venetos, fué erigida en la cumbre de Morgat y en época posterior mutilada por los druidas que la arrojaron al mar...»

Una salva de aplausos acogió su corta peroración. De repente se levantó de su asiento, gesticulante, un yankee que había llegado pocos días antes al Balneario, muy rico y muy extravagante,

—Ofrezco 10.000 duros este pequeño estatua—exclamó elevando su voz gutural.

Todas las miradas convergieron en el rico Mecenaz. Mas éste no disfrutó largo rato de la atención del auditorio. En el otro lado de la estancia levantóse la voz gruesa de Pedro Chazel, diciendo:

—Esta obra de arte incomparable vale más, caballero, evidentemente más. Ofrezco por ella 20.000 duros.

—Yo dar entonces 30.000 duros—saltó al punto el yankee,

Un murmullo de admiración circuló por la sala. Chazel abandonó la partida y Filouze abandonó al extranjero la valiosa estatua, a cambio de un cheque por la cantidad ofrecida.

Inesilla, que estaba al tanto de la combinación, dirigió a Chazel en voz baja algunos reproches por su falta de escrúpulos.

—Te amo, Inesilla—le respondió él, zalamero.—Te amo, y si he empleado este medio es para vencer la resistencia de tu padre. Tráemelo mañana al estudio y veremos de arreglar este asunto en familia.

Al día siguiente el crítico de arte y su hija fueron a visitar al escultor, y éste hizo seriamente su demanda de matrimonio. Filouze, por toda respuesta se levantó de su asiento y se dispuso a retirarse con su hija. Pero Chazel le atajó el paso, agitando en el aire los dos brazos del Apolo que destruyó en un momento de desaliento y de mal humor. Mitad risueño mitad amenazante le reveló su superchería.

—La mano de su hija por dos brazos!—terminó el taimado joven—o canto de plano.

El crítico, vejado al principio acabó por considerar la aventura bajo su aspecto festivo, y concedió a Chazel la tan suspirada mano de su hija.

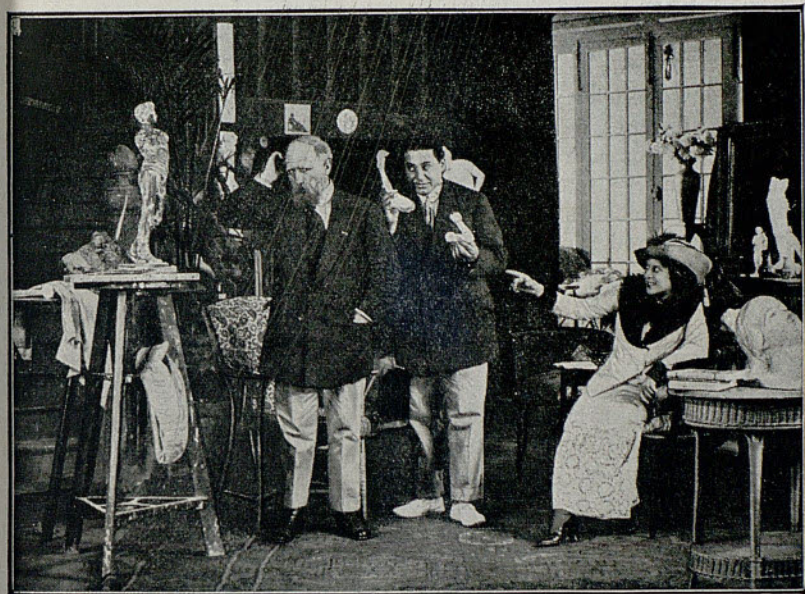
—Entonces—dijo Filouze.—Tendré que devolver al yankee los treinta mil duros...

—¡Oh, no! por un escrúpulo que comprenderá V. muy bien he querido comprar a M. Blackpool la famosa estatua. Y vea V. lo que me responde.

L . Gaumont

El crítico de arte leyó la carta que le tendía su futuro yerno, que decía así:

Mister Chazel: Informarme que usted busca disminuir el real valor del viejo estátua. Es positivamente estúpido, pero no en-



La mano de su hija por dos brazos!

*redarme, Tener confianza en una célebre crítico y no en usted.
El estátua es mía, es un excelente business y lo guardo.
Todo lo que intente V. ser inútil.
Le estrecho cordialmente la mano.—P. W.S. Blackpool.*

Una carcajada general saludó esta prosa americana, y Pedro Chazel cambió, radioso, con Inesilla un tierno beso de amor, que a la vez que el preámbulo de su casamiento, fué la recompensa de su maliciosa iniciativa





VIAJE DE NOVIOS



Comedia

Dos recién casados, llamémosles Pepe y María para preservarles en la mente del lector de una confusión posible, habían decidido ir a Italia a pasar su luna de miel. Después de la ceremonia y sustrayéndose a las lacrimosas efusiones de sus parientes se dirigieron a la estación y tomaron asiento en un compartimento de primera clase, completamente vacío.

El tren se puso en movimiento y los novios pusieron también en movimiento sus labios y sus brazos, éstos para estrecharse frenéticamente y aquéllos para prodigarse melosas palabras, entremezcladas de besos y suspiros. Pero este estado de cosas paradisíaco duró lo que duran las buenas cosas. Muy poco tiempo. En la primera estación donde paró el tren, subió al compartimento que ocupaban los dos tórtolos un militar joven, muy encorsetado en su deslumbrante guerrera, con los bigotes enhiestos y conquistadores, y una mirada excesivamente impertinente. Su llegada interrumpió, en mala hora, los inocentes esparcimientos de los novios que no tuvieron más remedio que contemplar a través de la ventanilla el desfile rápido y monótono de los postes telegráficos.

Llegó una estación, y Pepe con el objeto de hallar un compartimento vacío, libre de inoportunos testigos, bajó al andén. Recorrió el tren de uno a otro cabo, sin resultado, e iba a preguntar a un mozo si podía conseguirle lo que deseaba, cuando un ruido particular le hizo volver la cabeza. Era el tren que se ponía en camino... de hierro, y que se alejaba de la estación en una rápida gradación de velocidad. En vano quiso Pepe trabar con el fugitivo un «match» de velocidad: tuvo que abandonar la partida, sofocado, viendo como desaparecía a lo lejos el tren, envuelto en un penacho de humo.

* * *

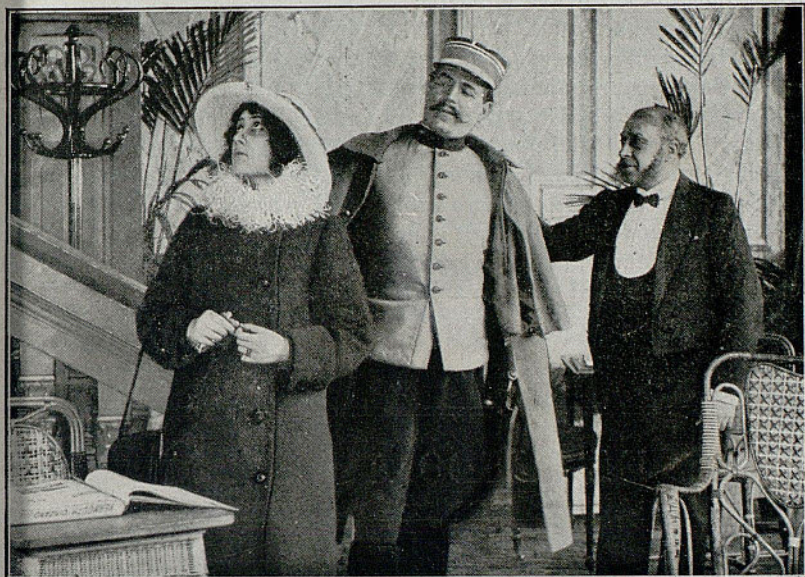
El oficial, galante, ofreció a la desconsolada novia sus desinteresados servicios. Ella al fin los aceptó y consintió en bajar con él a la primera estación para telefonar a su marido. Este que había tenido la misma idea recibió la comunicación en la estación en donde el hado inclemente le había dejado, y supo por la propia boquita de su mujer que se hallaba ésta aguardándole en el Hotel de las Cuatro Naciones.

Tomó pues el primer tren, se apeó en la estación inmediata y se dirigió al Hotel. Allí el susodicho hado inclemente le reservaba aún amarga sorpresa. El mozo del hotel había colocado por inadvertencia las botas de montar del militar, que ocupaba una habitación contigua a la de la joven casadita, al lado de los zapatitos de ésta. El marido al verlos juntos,

L. Gaumont

pensó que también lo estaban sus propietarios, y loco de dolor y cólera corrió a buscar al comisario para que hiciera constar el flagrante delito.

En esto llegó al Hotel el ordenanza del oficial, portador de una orden para éste. Le indicaron el número de su cuarto, subió y llamó al inmediato, que el par de botas monumentales denunciaba como ocupado, al



El oficial galante ofreció a la desconsolada novia sus servicios...

menos provisionalmente, por su señorito. Entreabrióse la puerta, asomó por entre su resquicio una mano blanca y menuda que se apoderó del pliego y volvió a cerrarse, dejando al ordenanza «pasmado».

La mujer de Pepe abrió el pliego y leyó estas palabras:

«Salga en seguida frontera».

Creyó de buena fe que era su marido que le escribía, y sin vacilar un instante bajó a la estación y se fué en el primer tren que salía con destino a la frontera italiana.

El asistente entretanto, de plantón en el pasillo, esperaba la respuesta. Al ver que ésta tardaba mucho y que la que él creía compañera de su señorito había salido ya de su cuarto, entró en él decidido.

El oficial, por su lado, extrañado de no ver sus botas junto a su puer-

L. Gaumont

ta, salió al pasillo y las encontró junto a la de su vecina. Con objeto de dilucidar el misterio y dar a ésta los buenos días entró en el cuarto, no siendo poca su sorpresa al tropezar dentro de él con su ordenanza, que adoptaba para la circunstancia un rostro perfectamente idiota.

Iba a tirarle de las orejas y preguntarle el por qué de su presencia en aquel cuarto, cuando resonaron afuera, en el pasillo, algunos pasos al tiempo que una voz grave intimaba:

—¡En nombre de la ley, abrid!

El asistente, muerto de miedo se envolvió en una manta y fué a acurrucarse en un rincón de la estancia. El oficial fué a abrir y entraron el magistrado, su secretario y Pepe, a quien la cólera desfiguraba. Luego de fulminar hacia el oficial una mirada iracunda se dirigió al cuerpo que convulsivamente temblaba agazapado junto al armario, tiró furioso de la manta y dejó al descubierto la figura ridícula del ordenanza.

La orden dejada por María encima de la mesa explicó el enigma y una carcajada general acogió el desenlace, que si bien no libraba al marido del ridículo, dejaba al menos a salvo su honor.



EL MIEDO AMBIENTE



Cómica

Don Trifón Mameluquez, un empleado de hacienda de lo más inofensivo que darse puede se disponía una noche a salir de su casa, cuando tropezó su vista con el suelto siguiente:

El atrevimiento y procacidad de los apaches son cada día mas grandes. En presencia de las agresiones que se multiplican a diario no podemos menos de recomendar a nuestros lectores el no salir nunca sin armas.

El rostro de Mameluquez de ordinario animado de vivos colores se tornó del color de la cera. No era el valor su virtud dominante y al pensar que podía ser víctima en la vía pública de un atentado criminal y nocturno los escasos cabellos que adornaban su cráneo se ponían de punta. —Un trabuco, una espingarda, un hacha de abordaje! pidió a su criada. Esta que no tenía a mano ninguno de los artefactos pedidos solo pudo entregar

L. Gaumont

a su señorito un pistolón de buen calibre, única arma ofensiva y defensiva de la casa, que empuñó Don Trifón con ademan sumámente trágico.

Ahora bien un individuo cuya indumentaria y aspecto general denotaban vagamente su calidad de extranjero consultaba casi a la misma hora cerca de la casa de Don Trifón las páginas de una Guía de Viajeros y encontraba en ella al terrorífico aviso siguiente:

Hay que temer y evitar el aventurarse por calles desiertas. Expónese uno a encontrar en ellas peligrosos malhechores. Hay que desconfiar y huir de todo individuo sospechoso.

El extranjero sintió recorrer por su cuerpo un sudor helado. Miró a su alrededor y vióse en una calle solitaria, mal alumbrada. Apretó el paso e iba a doblar una esquina cuando tropezó con un individuo, que su imaginación desvariada adornó con el tipo del perfecto bandido. Acórdose, en medio de un trastorno, del aviso de la guía y echó a correr en dirección contraria. Don Trifón, pues era él, el nocturno transeunte asistió sorprendido a la fuga del extranjero, y se dijo, recordando el suelto leído momentos antes: — Si ese hombre huye, es porque me ha robado alguna cosa... Se palpó el chaleco, notó la falta del reloj y empuñando el revólver se lanzó en seguimiento del extranjero. Este, al verse perseguido por el personaje de siniestro aspecto sintiendo que sus piernas flaqueaban, y presa de invencible pánico se dejó atrapar sin resistencia. — El reloj... el reloj! gritó Don Trifón con bronco acento y acercando a sus narices el cañon de su pistolón. El extranjero, desfallecido, dejó caer su reloj en las manos del que él creía peligroso bandido, y aprovechando un momento de inatención de éste, satisfecho de haber recuperado su bien, se eclipsó prontamente.

Don Trifón volvió a su casa y al entrar en su cuarto lo primero que se presentó a su vista fué su reloj, que había dejado olvidado, al salir, encima de la mesilla de noche. El que llevaba en el bolsillo lo había robado. él, el probo y honrado Don Trifon. Robó a mano armada y con la agravante de nocturnidad!

Alocado, pensando atenuar lo horrendo de su delito se dirigió a la Delegación y entregó al propio Delegado el reloj, que dijo haber encontrado en la vía pública. Al Delegado pareció sospechoso tal hallazgo y en la mirada que asestó al desdichado creyó leer este su sentencia de muerte. Afortunadamente todo se redujo al susto, y Don Trifón regresó aquella noche a su casa libre de las manos vengadoras de la Justicia.

* * *

Han pasado doce meses desde esta aventura. Don Trifón la ha «archivado» ya en un rincón de su memoria, cuando recibe un día la visita de dos municipales. Al verlos, el recuerdo de su «crimen» se despierta palpitante en su mente y le hace palidecer intensamente. — Vienen a prenderme? se dice despavorido. Por fortuna la hora de saldar cuentas con la

L. Gaumont

sociedad no ha sonado todavía para él. Solo se trata de una sencilla citación.

Don Trifón, no tranquilizado del todo corre al Juzgado. En él un señorón, de iracundo aspecto y de modales breves le entrega un reloj, el



Todo objeto hallado en la vía pública y no reclamado...

mismo que había robado un año atrás al pacífico y miedoso extranjero. Y como la cara de Don Trifón reflejara una estupefacción rayana en la imbecilidad, el Delegado le hace leer sobre un voluminoso libro abierto encima de su mesa, el párrafo siguiente:

REGLAMENTO

Todo objeto hallado en la vía pública y no reclamado en el plazo de un año y un día pertenecerá de derecho a quien lo haya encontrado.

Y Don Trifon tuvo que cargar, a la fuerza, con el producto de su nocturno y alevoso latrocinio.





Bebé es un ángel guardián



Cómica

Un día recibió el papá de Bébé de uno de sus viejos amigos la carta siguiente:

Amigo Pepe: He conseguido un palco de gorra para el Moulin Rouge. Busca un pretexto cualquiera y ven a recogerme a las 9 al Café «Tripolitano».

¡Qué juerguecía sería vamos a armar!

Tu amigo.—Casio Modo.

La lectura de estas líneas pareció remozar al buen señor y despertar en él un tropel de recuerdos pecaminosos, pues sin reparar que atentaba contra la dignidad de su estado y de su edad se puso a bailar zapateados y tangos alternados con matchichas y paso inglés.

Bebé surgió en lo mejor de sus ejercicios coreográficos y le interpe-
ló:—Oye, papá, ¿sabes que bailas mejor que Genaro el Feo?—Esta felicitación hizo en el buen señor un efecto contrario del que esperaba su hijo. Dirigió a éste una mirada severa y le ordenó terminantemente que no se volviera a meter en lo que no le importaba. Dijo y salió de la estancia con un aire grave que contrastaba singularmente con sus anteriores expansiones, mientras su hijo pensativo se decía:—Pues, señor, a mi papaito le pasa algo y este algo tengo que descubrirlo.

Hacíase esta promesa cuando sus ojos tropezaron con unos papelitos, menudos como confettis, desparramados por la alfombra. Su genio deductivo hízole ver en aquel momento una correlación inmediata con la alegría manifestada momentos antes por su papaito. Recojió los papelitos, los unió pacientemente y logró al fin reconstituir y leer por entero la carta del amigo de su papá.

—¡Hola, hola!—soliloquió Bébé.—Ya tenemos explicada la alegría de mi señor papá. Pero como esta alegría tiende a provocar un sentimiento contrario en mi señora mamá, tengo yo que buscar un medio para que el susodicho autor de mis días no vaya esta noche al Moulin Rouge...

Esta reflexión que encerraba, diga lo que se quiera, una saludable dosis de amor a la paz y unidad conyugal le sugirió un plan diabólico.

Fué al paragüero, descolgó el sombrero hongo de su padre y se aplicó a disminuir su contorno por medio de tiras de papel hábilmente disimuladas dentro del forro.

Hecho esto volvió a colocar el sombrero en su sitio y esperó los acontecimientos.

L. Gaumont

* * *

Daban las ocho de la noche. Papá, después de la cena, a la que dió fin con alguna precipitación, pidió a su hijo su sombrero y su bastón. Bebé, sin hacer caso de su orden, lo miró de hito en hito y prorrumpió en varias exclamaciones de asombro.

—¿Qué hay?—preguntó el padre un tanto amostazado.



¡Luego es verdad que tengo la cabeza hinchada!

—¡Oh papaito! ¿qué te pasa?.. ¿Estás enfermo?.. Tienes la cabeza hinchada, hinchadísima...

—¿Mi cabeza hinchada?—exclamó el papá palpándose las sienes.

—Sí, sí papá... Y tu pulso bate desordenadamente.

Y corriendo le trajo el sombrero hongo preparado. Su padre, maquinalmente se lo puso y notó, consternado, que no encajaba en su cabeza.

—¡Luego es verdad que tengo la cabeza hinchada!—exclamó doliente, dejando caer los brazos a lo largo de su cuerpo

Lleváronle a la cama y llamóse al médico. Este, a pesar de las declaraciones del enfermo que se creía ya cerca de la tumba fría, no encontró en su estado nada que justificara su alarma.—Le digo que tengo la cabeza hinchada—afirmaba rotundamente el enfermo. Y como el médico mo-

L. Gaumont

viera la cabeza, incrédulo, mandó aquel que le trajeran el sombrero. Bebé fué a buscarlo y lo entregó a su padre, después de haberlo vuelto a su estado primitivo. ¡El sombrero encajaba bien! El asombro del papá no conocía límites. El médico se retiró, burlón y escéptico, y Bebé y su madre prodigaron solícitos sus cuidados al enfermo, diciéndole: - ¿Lo ves, la hinchazón ha desaparecido tan pronto te metiste en la cama... Descansa y mañana estarás bien del todo.

Se retiraron de puntillas y el enfermo, que no pensaba ya en lo más mínimo en el Moulin Rouge se durmió apaciblemente...



Fundición primitiva de hierro en el Ural



Documentaria

Existen dos métodos para reducir el mineral: el método catalán y el método llamado de los Altos Hornos.

El método Catalán es poco usado en la actualidad. Solo es empleado en la Metalurgia de Hierro moderna el método de los Altos Hornos.

El Alto Horno se compone de dos troncos de cono reunidos por su base: el cono superior es de ladrillos refractarios y se termina en su parte superior por una abertura llamada «trabuco» por la cual se efectúa la carga.

El «vientre» es la parte mas ancha y la «parada» la parte del tronco de cono inferior que se halla más cerca del «vientre».

Bajo la parada hay un cilindro de ladrillos refractarios, en el cual desembocan las toberas de un gran fuelle. Por último el «crisol» es el lugar en donde se reúnen los productos de la fusión del mineral, es decir, la fundición líquida en la cual sobrenadan las escorias.

Hacia el fondo del «crisol» existe el «agujero de colada» que es un orificio abierto en la fábrica del Alto Horno, que se tapa con un tampón de arcilla, hasta el momento de la colada de la fundición.

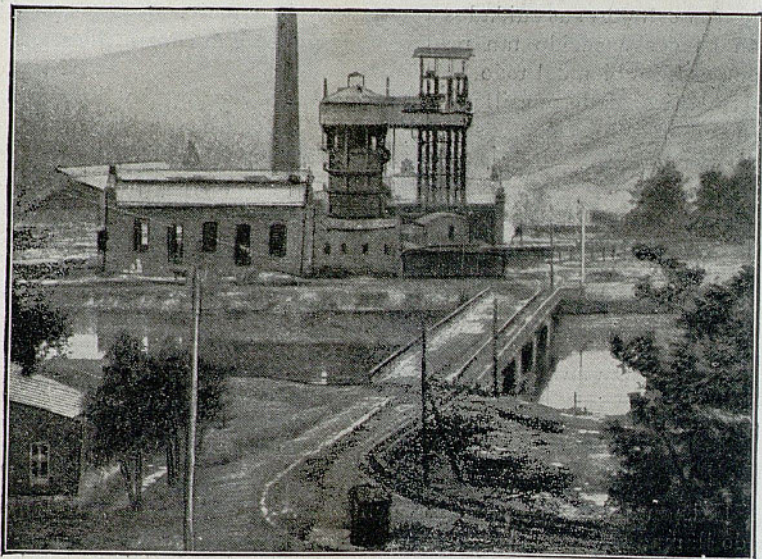
Los Altos Hornos tienen a veces 20 metros de altura y las operaciones de carga y descarga son siempre muy curiosas. La carga del alto horno se efectúa haciendo caer en él proporciones calculadas de antemano, de mineral, carbon y fusible, que se reparten por capas sucesivas y alternativas.

Si la ganga es silicosa emplease como fusible el carbonato de calcio

L. Gaumont

y si es cálcarea, materias arcillosas. Este fusible tiene por objeto transformar la ganga en un silicato de aluminio y de calcio fusible.

Cuando el crisol está lleno, se destapa el agujero de colada y la



fundición se derrama y encauza por canales de arena abiertos en el suelo mismo de la fábrica, en donde se solidifica en masas cilíndricas.

Estas diferentes operaciones son dignas de ser presenciadas y la película que presentamos hoy al público, dan de ellas vistas curiosísimas de irreprochable calidad fotográfica.



El invierno en Galitzia

(Los Cárpatos occidentales)



Documentaria

Los cárpatos son uno de los mayores conglomerados de Europa Central.

Describen por atrás de la llanura de «Flori» y de la meseta de Trañsilvania un arco de círculo de 1450 kilómetros de longitud aproximadamente, formando, por decirlo así, un baluarte continuo.

L. Gaumont

Limitan al Norte con Galitzia; al Este con Bukovine y la Módalvia y al Sud con la Valaquia.

Su punto más elevado, que es el macizo de Tatra, alcanza una altura de 2.663 metros.

De esta cordillera nacen algunos de los afluentes del Vístula, así



como los grandes tributarios de la izquierda del Danubio: el Theiss, el Aluta, el Sereth y el Pruth.

En invierno ofrecen un espectáculo excesivamente pintoresco, notablemente en Galitzia.

Organizánse allí carreras de skis fértiles en incidentes de todas clases, mientras los montañeses no desperdician ocasión de consagrarse a su diversión favorita: el baile.

Bosques inmensos de pinos esbeltos y de copas dobladas bajo el peso de las nieves, trepan por las laderas de las gargantas abruptas y salvajes, donde numerosos torrentes se abren camino, hírvidos y rugientes a través de peñascos y bloques de granito.

Uno de los torrentes mas renombrados es el conocido bajo el nombre de «Torrente de Mickiewicz» llamado así en honor del gran poeta Adam Mickiewicz, autor de Messire Thaldee y del famoso poema de los Abuelos, el cual desterrado de Rusia, halló refugio en Cracovia.

La Información Cinematográfica

Gaumont

en Oriente

LISTA DE LOS TÍTULOS Y SUB-TÍTULOS DE LA PELÍCULA N.º 4144

LA GUERRA EN LOS BALKANES

- 1.º—JAMBULI.—En el cuartel General del Ejército Búlgaro.—El Tzar Fernando de Bulgaria pasa revista de los voluntarios desde una ventanilla de su vagón.
- 2.º—Jóvenes soldados reservistas y veteranos parten para llenar los huecos ocasionados por las bajas en el ejército búlgaro.
- 3.—El General STUILOFF, comandante de la plaza de JAMBULI, y su estado mayor.
- 4.º—Llegada de los heridos de la batalla de Lule-Burges.
- 5.º—Estación de los automóviles de guerra.
- 6.º—Un convoy de aprovisionamiento pronto a partir.
- 7.º—La Cruz Roja inglesa se traslada al campo de batalla.
- 8.º—La Cruz Roja austriaca prodiga sus cuidados a los heridos búlgaros.
- 9.º—Los Tenientes aviadores FARAKTCHIEFF y MILKOFF, son entrevistados por el corresponsal de la Casa Gaumont:
- 10.º—Proclama lanzada sobre ANDRINOPOLIS por los aviadores búlgaros.
- 10.^a— (Traducción)
- 10.^a— (Texto Turco) Turcos, rendios, pues estáis rodeados por
 » todos lados por nosotros. No vendrá nadie a socorremos. Nos-
 » otros, Búlgaros perdonamos a los prisioneros y no les hacemos
 » daño alguno. Por dicha razón vale más capitular»
- 11.º—Los restos del aeroplano del Teniente FARAKTCHIEFF después de su caída mortal.
- 12.º—A 20 kilómetros de CONSTANTINOPLA.—El supremo esfuerzo del ejército turco,
 —El Campamento turco a orillas del Río TCHORLU.
- 14.—HADEMKIEU.—El 4.º Cuerpo de Ejército al mando de Nazim-Pachá prepara la defensa de Constantinopla.

Siempre los primeros

En materia de actualidad hay que saber matar al oso antes que vender su piel.

Desde hace un mes, toda la atención del mercado europeo está concentrada en las actualidades cinematográficas procedentes del teatro de la guerra de los Balkanes.

Mientras que múltiples sociedades cinematográficas anunciaban con gran bombo el envío a Oriente de numerosos operadores, los Establecimientos GAUMONT, han sabido ser los primeros en poder presentar en el mercado una serie de películas particularmente sensacionales.

Recordemos para memoria las cintas de actualidades GAUMONT editadas con motivo de la guerra de Oriente.

- 1.º — Los ejércitos coaligados en presencia.
- 2.º — Los primeros encuentros en las fronteras.
- 3.º — Movilización en Turquía.
- 4.º — El bloqueo del Archipiélago por la escuadra griega.
- 5.º — Marcha triunfal del ejército griego en Epiro.
- 6.º — Victoria griega en Servia.
- 7.º — Las primeras llegadas de prisioneros turcos, etc.

Hoy la Sociedad GAUMONT pone en venta nuevas cintas de interés excepcional:

- 1.º — Vencedores y vencidos: Como los Serbios y Búlgaros tratan a sus prisioneros.
- 2.º — Después de la batalla de Lule-Burgas: Retirada general de las tropas turcas en Tchorlou.

Esta película es la primera que proviene en las líneas de combate.

Este éxito correspondía de derecho al servicio de actualidades GAUMONT que había puesto en práctica todo lo posible para obtener tal resultado.

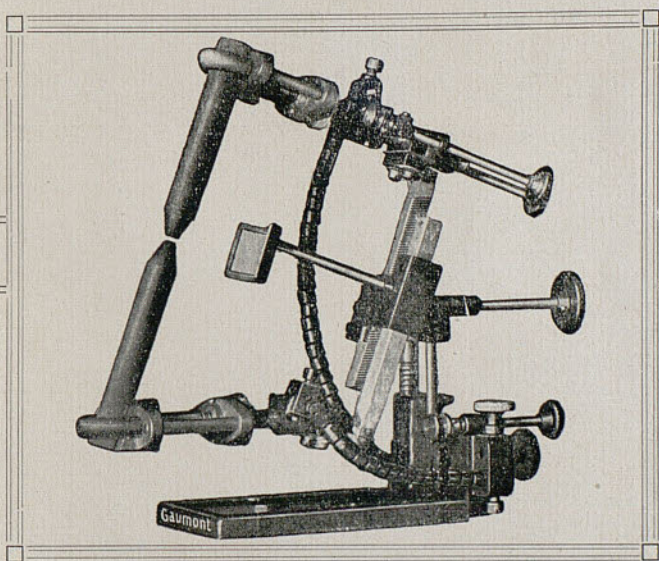
Bien pocos clientes y espectadores que verán estas películas en la pantalla podrán dudar las múltiples dificultades encontradas por los operadores, los sufrimientos morales y físicos valientemente soportados por la sola gloria de llegar primero.

Añadamos, en fin, que recientes telegramas anuncian todavía la llegada de nuevos negativos a la vez sobre la entrada triunfal de las tropas griegas en Salónica y sobre la última gran batalla que se libra actualmente bajo los muros de Constantinopla.

Está pues permitido una vez más rendir homenaje a la iniciativa y a la rapidez de acción del servicio de actualidades GAUMONT que permanece fiel a su divisa:

Siempre los primeros

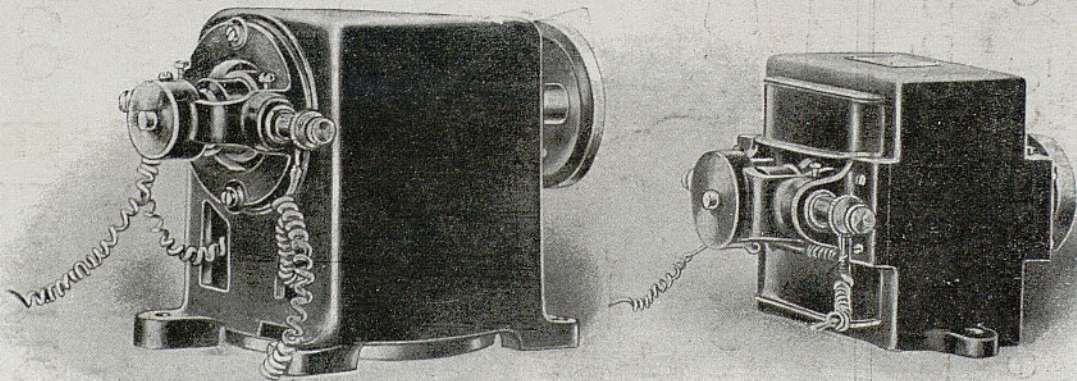
El Arco Eléctrico de carbones derechos Gaumont



Es el adoptado unánimemente por su perfeccion y robustez.

Dinamos Tipo A y Tipo B

para instalaciones cinematográficas



Pídase el material eléctrico de precisión GAUMONT